



AYER Y HOY



N.º 16

Mayo - 1950

NUESTRA PORTADA

Claustro de la Catedral de Toledo,
de Enrique Vera.

El premio Nóbel de Literatura no fué otorgado en 1949. ¿Lo será en 1950? La prensa norteamericana afirma que tampoco este año la codiciada recompensa será alcanzada por nadie, pues los tres únicos candidatos posibles son William Faulkner, Karl Sandburg y Winston Churchill. Al primero —leemos—, le falta respetabilidad, y al segundo, celebridad mundial. Al tercero, por el contrario, le sobran respetabilidad y celebridad mundial.

El Doctor Marañón habla en Toledo

En la mañana del domingo 23 de Abril —fiesta del Libro y exaltación de la cultura española, fecha que nos trae cada año el recuerdo de la muerte de Cervantes—, celebró solemne sesión la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Don Gregorio Marañón leyó su discurso de académico honorario, en el Salón alto del Excmo. Ayuntamiento, ante un auditorio tan numeroso, que llenó en pocos minutos, no sólo la sala destinada para el acto, sino la galería lateral, adornada de plantas.

El tema era de gran interés histórico, pues suponía, como dijo el ilustre conferenciante, venir a dar la absolución a un benemérito arzobispo, cuyo retrato de la Sala Capitular catedralicia no se encuentra aureolado por inscripciones laudatorias, sino por las espinas de la persecución.

Magnífica interpretación física y moral de Fray Bartolomé de Carranza, hirsuto, moreno y hosco; de poca habilidad para tratar con los hombres, cuando vive en Inglaterra, al lado de María Tudor; momentos difíciles los de un temperamento de teólogo, entre cortesanos, que disfrazan sus más hondos sentimientos; peligroso reto el de un fraile de humilde cuna que llega a ceñir la mitra primada de Toledo, la segunda en dignidad que sigue a la del Pontífice de Roma.

Se desliza su vida en los tres primeros tercios del siglo XVI, cuando se desarrolla una morbosa suspicacia por complicar entre los dudosos en la fe, o por creer erasmistas y luteranos a cualquiera de nuestros grandes escritores, encontrándose en las actas de la Inquisición figuras tan insignes como Fray Luis de León o Santa Teresa.

Fray Bartolomé de Carranza, teólogo de Trento, confidente de Felipe II, provincial de la Orden dominicana, que era el punto más firme del Santo Oficio, es acusado de sostener doctrinas peligrosas, lo que le ocasiona un largo proceso, de enojosos incidentes, que el doctor Marañón comentó con su fino y sagaz criterio en materia de historia.

El obispo Manrique, el inquisidor Valdés y su hermano en



El Doctor Marañón y Autoridades que presidieron el acto. (Foto Rodríguez)

religión, Fray Melchor Cano, atizan la hoguera en momentos sumamente críticos, pues no se puede obviar la actitud antiespañola de Paulo IV, enemigo personal de Carlos V, en quien veía siempre al opresor de Nápoles, su patria y de su sucesor Pío V, que tampoco vió con agrado los asuntos españoles. La inocencia del arzobispo fué reconocida por San Pío V y por Gregorio XIII, pero llegó tarde su completa absolución, pues murió en Roma con la gloria de verse libre de toda sospecha de herejía, pero sin la satisfacción de volver a su patria.

El proceso del arzobispo Carranza había de seguir preocupando después a polemistas y pensadores; Menéndez Pelayo volvió a dar actualidad a esta cuestión, siendo menos generoso para él que los propios teólogos de su tiempo. Sobre estas dudas del polígrafo santanderino, invo-

ca el doctor Marañón el testimonio clarísimo de Balmes, que se inclina por la inocencia absoluta de Fray Bartolomé de Carranza, que al fin sólo fué una víctima más de la historia, sin otra causa fundamental de su acusación que los antagonismos de opiniones, que dividieron a los escolares del Colegio de Valladolid en partidarios, unos de Melchor Cano y otros de Carranza, agravado todo por la indecisa voluntad de Felipe II y por el espíritu del siglo.

Dios quiso librar a España de lo que hubiese causado gran regocijo para muchas naciones que hubiesen deseado ver a su arzobispo primado ardiendo en una hoguera de Zocodover o de la Plaza Mayor de Madrid.

La conferencia del doctor Marañón fué escuchada con sumo interés por todos los asistentes, que le tributaron calurosos aplausos. Del mismo modo fué altamente elogiada la intervención del académico D. Fernando Allué, que dedicó, al comenzar el acto, unas cuartillas de presentación, que reflejaban magistralmente el anecdótico sentimental y bondadoso del ilustre escritor.

CLEMENTE PALENCIA
Cronista Oficial de Toledo

EL CASTILLO DE GUADAMUR

Es el más acabado y artístico que existe en nuestra provincia. Lo componen dos recintos amurallados y paralelos, el Castillo y la barbacana, protegidos ambos por ancho y seco foso. Los baluartes de los ángulos son torres circulares, y los que avanzan en la parte céntrica de las cortinas tienen figura de redientes o torres tajadas. Estos tambores y redientes en el recinto exterior, defendidos por troneras circulares para piezas de artillería, son, naturalmente, menos elevados y de base más ancha, que sus iguales del recinto interior que tienen entrelargas saeteras.

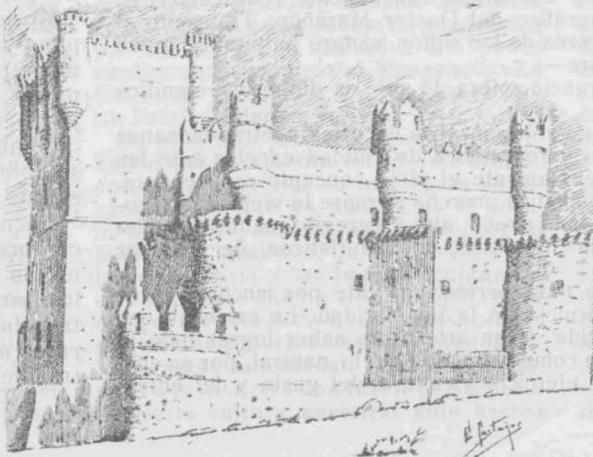
Junto al ángulo del poniente se adelanta la torre del homenaje, coronada por seis torrecillas, que recuerdan las del Alcázar de Segovia, torrecillas que se asientan en voladas repisas adornadas con bolas y prismas. El adarve flanqueado por atalayas circulares, rematadas de almenas con chapitel piramidal, resalta fuertemente sobre la elevación poco acusada en que se asienta. La calificación de roquero que algún crítico ha dado a este Castillo, nos parece un ripio, a no ser que la roca en que se asentaba se haya gastado con el tiempo...

Es un Castillo de llano, al modo del de Medina, de planta rectangular y torre en ángulo. Comparado con las edificaciones toledanas, es bien de advertir, por acusar un carácter militar de que carecen las mansio-

nes privadas de Toledo, y hasta en algunos detalles diverge de la propia arquitectura militar toledana, como el uso de esa torre en el ángulo, de lo que apenas si hay más de un ejemplo en el recinto de la capital.

Lo más interesante es el flanqueo en recodo de la puerta principal, protegida por el gran torreón del homenaje. El puente levadizo que salvaba el foso, entraba obstaculizando por defensas que hoy no existen, y a su derecha queda la puerta, excéntrica, protegida bajo el torreón. Este se fundamenta sobre un pasadizo en bóveda gótica, a modo de torre albarrana, hoy convertido en estancia cerrada, pero por lo que se ve, estaba abierto en su parte alta para poder entrar en él desde arriba por una escala de cuerda.

Por la fecha de su construcción, obra del primer Conde de Fuensalida, y otros datos, como su torreón de sabor segoviano, su puerta de gran dovelaje, más civil que militar, al modo palaciano de Avila y Segovia, las bolas y lo rico de su decoración, nos recuerda a Juan Guás, pues se ve aquí la obra de un arquitecto que conoce bien las obras de la tierra castellana, especialmente las de Avila; tiene gustos de escultor, ha vivido en Toledo y se ha fijado en la portada de la Hermandad, para decorar esta obra bien toledana, en su conjunto que, como chica traviesa, en una hora de recreo se escapó de las tapias del colegio.



Dibujo de E. Castaños

SALUTACIÓN AL DOCTOR MARAÑÓN INSTANTES FUGAZ

por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

(De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo)

Las siguientes cuartillas fueron leídas, por su autor, en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Toledo, durante el acto académico en el que el Doctor Marañón pronunció su magnífico discurso sobre el Arzobispo Carranza.

I

La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, celebra, en el día de hoy, una de sus fiestas más señaladas. Viene a honrar sus estrados figura de las más insignes de la intelectualidad española contemporánea: El Doctor D. Gregorio Marañón. Socio honorario de esta Corporación toledana, a requerimiento de la misma, no vaciló un momento en prestar generosamente su colaboración valiosa. Honra a la Academia y, sobre todo, honra a Toledo, tal gesto, bondadoso y sencillo del Doctor. Su preciado concurso viene a proporcionar un máximo honor a estos actos de cultura y espiritualidad.

Bondadoso y sencillo. Así es —como acabamos de decir— el Doctor D. Gregorio Marañón. Tan espontáneo en su sencillez y en su bondad, como grande en su amor por Toledo. Porque todo, en definitiva, es uno y lo mismo. La entrega al encanto maravilloso de la Ciudad no puede hacerse más que así; sin condiciones ni paliativos, bondadosamente, sencillamente. Este gesto hacia Toledo y hacia lo que Toledo representa —simbolizado en el acto de hoy—, reitera, sin propósito deliberado claro es, lo que ya tantos nombres de la Historia, de la Iglesia, del Intelecto, han ido haciendo día a día, a lo largo del tiempo, para que el nombre de Toledo permanezca vivo en el recuerdo de los siglos.

II

No vamos a descubrir quién es ni lo que representa D. Gregorio Marañón. La Medicina y la Literatura se enriquecen por él, a diario, con nuevos títulos de gloria. Sus estudios de investigación científica —en todo el amplio sentido de la palabra: ya en el campo de la biología como en el de la erudición histórica— han levantado su nombre por encima de las fronteras y han contribuido a que España siga resonando en el mundo con los ecos más ricos de su rico pasado.

Pero, si no pretendemos descubrir la personalidad de D. Gregorio Marañón, sí es nuestro deseo el de subrayar ahora un matiz —que es, ciertamente, algo más que un matiz— en la labor y también en la vida toda del Doctor: El de su honda, el de su entrañable emoción ante las cosas y los seres.

Precisamente estos días hemos estado leyendo, en una revista francesa, un reportaje sobre España, debido a la pluma de una escritora que visitó recientemente, entre otros lugares, Toledo; Toledo y, claro, a D. Gregorio Marañón. Junto a él, en su casa toledana, en el Cigarral de los Dolores, experimentó la escritora francesa un profundo sentimiento de perfección, la «nota justa», por decirlo con frase de Giraudous en «Intermezzo»: *Siéntese uno tan seguro sobre una nota justa, como sobre un navío de alto bordo*. Acompaña también la escritora al Doctor en su clínica madrileña una mañana: Blusa blanca entreabierta, va éste exponiendo un caso a los jóvenes médicos que le rodean. Su voz es pausada, un poco velada. Se adivina, en el tono, que evita cuidadosamente infligir a la enferma que examina la humillación de sentirse una bestia curiosa, un conejo de Indias. En la ficha, que el Doctor consulta, busca el nombre de pila de la doliente. Y así, por el nombre y como al descuido, va el Doctor interrogándola sobre sus males. A otro caso, el de un enfermo con la cabeza hinchada y monstruosa, no se contenta con inquirirle sobre si van sus ojos retornando a ver claro:

—¿Puede usted leer ya? —le pregunta — ¿Qué lee usted?

—Novelas policíacas —responde el enfermo—.

Y el Doctor tiene para él la más afectuosa de las sonrisas.

III

Su obra literaria trasciende también, como su vida toda, un hábito entrañable, una honda emoción humana. El Conde-Duque de Olivares, el Secretario Antonio Pérez, Amiel, Enrique IV, Luis Vives, el P. Feijóo, no son personajes yertos, esqueletos de datos de archivo, fábricas de fría especulación erudita; tampoco son reconstrucciones arbitrarias en que la fantasía integre las lagunas desiertas, *vies romancées* donde la novela es todo y la vida nada. No. Aquí percibimos siempre, en el personaje estudiado, un latido cordial, un alma que vibra, un espíritu bueno o malo, con sus sueños o sus pasiones, pero con pulso y mirada, con aliento y conciencia vitales, flotando en luces y ambientes exactamente redescubiertos. Esto es lo maravilloso del arte historiográfico del Doctor Marañón: Transmitir al personaje biografiado savia nueva a través de los siglos, sangre palpitante, pulso vivo —arte profundo del Médico siempre—.

Pero digamos, con una palabra de rancia solera, lo que, en definitiva, significa esto: Humanismo.

Y, quien dice humanismo, expresa no sólo maestría en artes y letras humanas al modo clásico, sino también contactos y reacciones de calidad excelsa ante las cosas y los hombres, ampliando generosamente el viejo concepto renacentista.

Y, como, paralela a esta noción humanística, marcha siempre la vieja idea escolástica de universalidad, pero ya en su más nuevo, alto y egregio sentido, saludemos ahora al Doctor Marañón con las palabras, casi aforísticas, de Baltasar Gracián, en su «Oráculo Manual»:

«Hombre universal. Compuesto de toda perfección, vale por muchos. Hace felicísimo el vivir, comunicando esta fruición a la familiaridad. La variedad con perfección, es entretenimiento de la vida. Gran arte el de saber lograr todo lo bueno; y, pues le hizo la Naturaleza un compendio de todo lo natural, por su eminencia, hágale el arte un universo, por ejercicio y cultura, del gusto y del entendimiento.»

Comenzaba el atardecer y era un ambiente tibio con olor a tierra mojada y a semillas que germinan; caminaba despacio, pensando en muchas cosas o sin pensar en nada, que casi es lo mismo, y ella me adelantó presurosa. Pude entrever su cara y no era guapa; pero su tipo esbelto, su figura, era realmente bella; creo que era rubia, con los cabellos largos y peinados con gracia; impermeable clara y el cinturón perfilándola el talle con ese arte que sólo las mujeres poseen; unos zapatos sin tacones, deportivos, y el andar muy garboso —pasos cortos y rápidos—, como sólo las españolas saben.

Como todas las tardes, en la plazuela aquella de la fuente, niños alborozados se jugaban su tiempo pequeñito en un corro inocente, tumbados por el suelo, amontonando arena o dándose pellizcos en las manos para tener causa justa por la que dar chillidos sin sentido. Y una nena graciosa, en medio de la acera, paraba al transeunte con un papel cualquiera entre sus manos para decirle: «¿Quieres eto?».

Creo que era rubia y con los cabellos largos y peinados con gracia; se agachó hacia la niña y, acariciando su cara regordeta, la dijo: «no, pequeña, eso es sólo para tí». Y besándola en las mejillas, prosiguió su camino, dejándose un trocito de ternura en medio de la acera con la nena.

Cuando —dos coletas muy tiesas y unos lazos rosados— ésta se acercó a mí, también yo dije: «no, preciosa, eso es sólo para tí». Y también me dejé un poco de mí mismo junto a la niñita aquella.

Y adiviné en la mujer que me precedía una ternura buscando su objetivo, un cariño buscando otro cariño, y soledad, una interna y desoladora soledad como la mía; súbitamente sentí deseos de acompañarla, de decirla... Pero cuando levanté mis ojos de las tiesas coletas y los lazos rosados, nadie caminaba ya delante de mí. Mi corazón y yo seguimos desambulando lentamente. La pequeña, muy divertida, engrosó el corro de niños juguetones. Anochece ya...

DECEPCION

Cuando era más pequeño, yo creí que los pájaros volaban al azar, por juego, sin motivo, por arte, por surcar el espacio y embriagarse de brisa, de altura y de sol.

Pocos años después me he convencido de que el pájaro aquél que abandonando el ábside da una graciosa vuelta de campana y rígido después desciende con premura para alzarse sereno y volver a su punto de partida, no ha realizado un juego, sino que, vislumbrando un insecto que mis ojos no alcanzaron a ver, lo cazó sin piedad, sin reparar siquiera en que en sus alas llevaba reflejado el arco iris.

Pocos años después... ¿Qué cosas se comprenden! ¡Cuánta ilusión perdida! Ya no me queda tiempo de mirar, por mirarlos, largos ratos a los pájaros locos, mientras las nubes del crepúsculo tiñen de rosa, al reflejarse en ellas, las vidrieras traslúcidas del ábside conventual.

JOSÉ SÁNCHEZ

TOLEDO EN EL ARTE

LA LEYENDA TOLEDANA

Por GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Aunque este tema de la leyenda toledana no es de los que más hemos tratado, no por eso ha dejado de interesarnos e intentado dar una interpretación histórica al fenómeno que representa, el más curioso acaso de entre las leyendas españolas y sus substratos folklóricos.

No obstante haber procurado estudiarlas y dar una explicación posible a su persistencia, no nos atrevemos a emprender su estudio a fondo, que hubiera precisado una elaboración y un documental bibliográfico, imposible de llevar a cabo por ahora.

El estudio de las leyendas toledanas es tanto más difícil cuanto que, más que principios de cultura, como los romances o el Poema del Cid, parecen ser restos de civilizaciones que, fosilizadas, tienden a desaparecer. Como las conocemos solo de fuentes eruditas muy ampliadas, para su cabal estudio habría que recogerlas oralmente de los viejos, si las saben ya, y la depuración de lo original entre todo lo incorporado, sería lo único que mejor nos daría el recuento de la mentalidad popular toledana.

Previamente hay que recordar la explicación filológica de la palabra «leyenda», de leer, como la palabra «ley», que siendo expresión del derecho escrito, está en oposición a lo consuetudinario, que es el derecho por la aceptación continua de un uso que se impone como norma. De análoga forma, «leyenda» es lo contrario de «tradición», vocablo que corresponde al de entrega verbal de una narración, con psicología acoplada en general al ambiente que la acoge, pues en el caso contrario, sería modificada o eliminada.

No obstante esta divergencia de concepto, leyenda y tradición valen casi lo mismo para la gente y significan lo que se conserva oralmente, que hoy llamaríamos literatura folklórica. Nos vamos a ceñir a este concepto, sin abordar para nada su exactitud histórica, por si aquello nos aclara la causa de su persistir y razonadamente nos da la clave de la psicología colectiva, algo anómala, que las leyendas reflejan.

En primer lugar, advertimos su *diversidad de fuentes*. Las encontramos de origen romano, como la de las cuevas de Hércules; nórdicas, como la de Mainete o la de Carlomagno, y orientales, como la de la Naora. Casi todas son de ambiente feudal, pero sin romancero ni castillo roquero, ni de ninguna clase. La del Cristo de las Cuchilladas, recuerda los típicos bandos medievales, y la de las Justicias del Rey Santo, señalan los anhelos de este rey, romanista e imperial, por sobreponer su autoridad a las banderías de partido y elevar la política a una categoría superior. Dentro de este grupo medievoval, hay un lote de leyendas árabes, menos numerosas, como la de Santa Casilda, el Rey Moro, Galiana, etc., pero ninguna puramente árabe.

Otra nota diferencial que encontramos en las leyendas toledanas, es la *ausencia del campo*, la falta de enlace de la ciudad con la vega y la huerta, que explica parte de la psicología de la «civitas» toledana. Aquí no hay huerta que invada la ciudad por la mañana con sus vehículos primitivos y enlace el culto vivir de la urbe con los medios vitales primarios. Toledo, siempre más ciudad que Córdoba — la gran ciudad andaluza —, que Sevilla, y no digamos que Granada, Valencia y Murcia, tan ligadas a su huerta o vega, y, por tanto, con más claros matices en el pano-

roma español, tiene asimismo, digámoslo también, menos vitalidad propia que ellas y está más sujeta a la historia y al presupuesto oficial, que mantienen un lento vivir intra-murallas.

Hay, en varias de las leyendas, *incomprensión para la técnica*, algo así como admiración incomprensiva hacia una técnica que no se llega a poseer, y que si la manejan les causa fracasos, como el de la Mujer del Arquitecto; entre ellas, encontramos la de las Clepsidras de la Naora, la de los artilugios y la del Hombre de Palo, que bien pudo ser un monigote mecánico como los Papanatas de Burgos y Palencia, o como los maragatos del reloj de Astorga, monigote al que se ha dado una intención crematística, puesto que daba de comer a su inventor.

También se advierte una *superioridad de la mujer*, tan característica de las épocas de lucha, en que la mujer se manifiesta a veces con una superioridad de recursos y una extraordinaria fortaleza de espíritu, no extrañas al alma castellana, donde tan típico es el perfil del «ama». Así se nos aparece en la Mujer del Arquitecto, Don Diego de la Salve, Florinda, Santa Casilda y la heroína del Pozo Amargo. En todas esas tradiciones, la mujer vale más que el hombre, bien sea amante, hermano o padre. También la mujer emerge grande, en la historia de Toledo, con Doña Berengueta, Doña María de Molina y Doña Juana Pacheco.

La lucha de religiones — Varias de las leyendas son reflejo de esa lucha. La misma de las Cuevas de Hércules la interpretamos como la recogida en sótanos romanos, al implantarse el cristianismo, de los ídolos paganos, con la amenaza de que la vuelta a ellos supondría la pérdida de la independencia patria, que sobrevino con la invasión árabe. En general, domina en todas las leyendas el odio al judío, que sin hegemonía política por su habituación, sabe persistir y avasallar con las armas de la astucia y el dinero, disponiendo además de parte de la ciencia, tal como las lenguas y la medicina. A este tipo pertenecen, entre otras, las del Pozo Amargo, la del Cristo de la Luz y la del Niño de La Guardia, ya claramente histórica.

Otra característica es su *localismo*. Casi todas se refieren a Toledo exclusivamente, y las que no lo hacen de forma excepcional, manifiestan un algo evasivo; Santa Casilda, se va «al norte de Castilla»; Galiana, marcha a las Galias (?) para casarse con Carlomagno, anticipo, como se ha dicho, de una andaluza que fué emperatriz de los franceses. Con su evasión, Santa Casilda salva la fe, y Galiana, mujer de régulo moro, se hace emperatriz de la cristiandad. Beltrán y Rózpide interpreta esta tradición como reflejo de admiración por un camino, y merced a ella puede explicarse el nombre del Monasterio «Ad Galiense» y recordar que en Nimes hay un Palais Galienne, romano.

Su nota más interesante es el *anacronismo* que representa esta forma oral de cultura prehistórica en una época avanzada, en la que ya predomina el documento escrito, anacronismo debido, por un lado, a su localismo, que las desliga del interés general y las impide adaptarse a otro ambiente que no sea el propio, y, de otro, el ser reflejo de unas luchas sociales con las que convenía observar prudencia. Tales notas concuerdan bien con Toledo, en el que se ofrece una fuerte persistencia de cierta cultura ancestral ante hechos

que hirieron la sensibilidad ambiente y que, sin quererlo, se recuerdan.

Por esta forma oral, breve y casi misteriosa de transmitirse y conservarse, las leyendas, más que literatura, son francamente folklore, esencia que pierde al llegar al papel escrito, transformándose en historia o utilizándose como temas literarios. Algunas, como Raquel, han pasado al teatro por el buen deseo de algún autor, como García de la Huerta, pero sin triunfar en él, recordándose más por el autor que las escribiera que por lo que ellas hicieran revivir. Más que tragedia, hay en ellas suceso.

Parece que el modo de expresión de estas leyendas es la prosa, pues las versiones en verso, ni aun las del Duque de Rivas, han llegado a hacerse populares, a excepción de la del Cristo de la Vega, quizá por existir con anterioridad, aunque sólo se recuerde hoy en su forma erudita. En general, las leyendas creadas por Zorrilla y Bécquer, no han pasado al popular sentir. El ambiente poético de la ciudad, visto con ojos de soñador, puede crear bellas páginas, pero nunca una trama enraizada con su vivir, porque lo popular es lo menos falsificable de un país.

Estas leyendas orales, concretas, personales, de fondo histórico en su mayoría y tan diversas, ofrecen la nota común de su *tristeza*, reflejo del ambiente recoleto de la ciudad; un algo arcaico y artista, emotivo y artesanal, bastante resignado y casi cerrado al forastero por haber recibido de él mucho mal después de su cristianización, que la hubo incorporado al mundo culto occidental y la había hecho la más gran capital después de Roma. La ausencia del odio ante el agravio sufrido, da un marco de nobleza al conjunto de su vivir, y más que una acusación es una justificación de su modo de ser. Las invasiones de elementos de cultura inferiores o distintos, fueron achicando el cuadro defensivo de este bloque cultural de las leyendas en lugar de ampliarlo a los límites de la historia y de la literatura en general.

Por eso, la leyenda toledana está al margen de la gran historia de España, respirando sólo por las sangrientas heridas de sus historias locales, y su falta de interés por las comunidades y otros temas, como las batallas de Lepanto y del Salado, de la gran Historia. En ellas, no conserva el pueblo recuerdo alguno de su paisano Alfonso el Sabio, ni del Rey Don Pedro, ni le interesa Garcilaso, ni recuerda nada de la Catedral, ni de ninguno de los grandes mecenas o Cardenales — a excepción de Siliceo — que la hicieron insignes. En general, sus personajes pertenecen a las filas segundonas.

Este tema de la leyenda toledana lo consideramos interesante para el estudio de la mentalidad local, tan en contraposición a su arte, de origen y valores internacionales, como el Greco, la Custodia, la Catedral, Tavera, etc. Indican estas tradiciones una capacidad y una orientación auditiva que, apartándola de lo visual, dificulta su comprensión del arte, confundiendo lo misterioso y recóndito con lo estético y arqueológico. Por eso el pueblo acepta mejor las tradiciones que los cuadros y gusta de recordarlas en su propio escenario, buscando a cada lugar su leyenda y quedando el que no la tiene como «santo sin nicho».

No obstante esto, la tradición toledana, única en el folklore de España, marca un fino grado de cultura y establece la mentalidad de un pueblo, raras veces comprendido, que se defiende con la memoria de ultrajes que no pudo vengar con las armas, y deja en el ambiente, difuso e inconcreto, la huella de su sufrir, para que el venidero lo sepa y sentencie con serenidad.

PANORAMA DE TOLEDO DE 1703 A 1710

Una estampa del Toledo del siglo XVIII y de los hechos importantes que acacieron entre los años de 1703 y 1710, nos ofrece Alfonso Dávila en su obra «Las luchas fratricidas de España».

La Reina, viuda de Carlos II el Hechizado, María Ana de Noeburgo, hija del elector palatino Felipe Guillermo y de Isabel Amalia Magdalena de Hesse-Darmstadt, mantenía en el Alcázar una pequeña Corte. En 1703, con motivo de una revista militar que se celebró, y a la que asistió el Rey Felipe V y la Reina María Luisa Gabriela de Saboya, la Reina viuda ofreció, en el patio alcazareño, una función de teatro. Se representó «La Judía de Toledo», de Juan Bautista Diamante, obra influida por la de asunto parecido de Mira de Amescua y por el poema «Raquel», de Ulloa. Actuó la compañía de Damián de Castro, a la sazón titular del Corral de la Fruta. El famoso gracioso, el último de nuestros grandes comediantes del siglo XVII, estaba en decadencia, ya que el favor real era otorgado a los trufaldines que acompañaban a la Saboyana.

La guarnición entretenía sus ocios en diversos garitos y tugurios que por aquel entonces había por las cercanías del Tránsito. Entre la oficialidad que brujuleaba por la población, era figura señera Eugenio Gerardo Lobo, que aunque natural de Cuerva, era considerado hijo de Toledo. Hombre de bien, buen poeta y mejor observador, fué autor de aquellos festivos versos que dicen así:

De mi patrona el matiz
al alma causa vaivén;
trae por frente una sartén,
cuyo rabo es la nariz.
Sus ojos (cosa infeliz)
por niñas tienen dos viejos;
se descuelgan rapacejos
de la boca a las pechugas,
y entre el vello y las arrugas
se pueden cazar conejos.

La afluencia de desplazados que toda guerra arrastra consigo, malvivían en diversos alojamientos. La gente de más categoría pernoctaba en la Posada de la Sangre, ya en declive, y, según parece, habitada por múltiples insectos. La chusma truhanesca y pedigüña tenían sus lares en las ruinas del Circo Romano, que todavía constaba de diversos arcos y pasadizos.

Zocodover, las calles de las Tendillas, de la Misericordia o la de la Sillería, eran invadidas, a ciertas horas del día, por varias tertulias de des-

ocupados y vendedores de baratijas de todas clases.

Una cierta pujanza literaria y cultural se mantenía en Toledo, a la que no era extraña la poderosa protección de los Arzobispos. Uno de sus más firmes puntales fué Don Agustín de Salas Zazo, entusiasta impresor de cuanto mereciera la pena.

Edificios de ayer y de hoy, eran las Casas de Villena y las de Fuensalida. Este último palacio, en una de cuyas cámaras había fallecido la Emperatriz Isabel, era presa de la humedad y del abandono, que lo convertirían en el triste despojo que es al presente.

En los Palacios de Galiana, situados en la Huerta del Rey, tan famosa como en Madrid lo fué la Huerta de Juan Fernández, estaba confinada, casi en prisión, por sus parientes los Condes de Mora, aquella gran amante que se llamó María Mancini, hija de Miguel Lorenzo y de Jerónima Mazzarino, hermana del Cardenal del mismo apellido. María, que estuvo a punto de casarse con el Rey Sol, más tarde esposa del Condestable Príncipe de Colonna, arrastró por España la cruz de quien, sintiéndose joven de espíritu, llevaba los estigmas de la decrepitud, del pecado.

Dos ocupaciones por las fuerzas austriacas padeció la ciudad. De la primera, nada de interés hay que señalar, excepto un intento, fracasado, de comunicar el río Tajo de Safont a la Vega, rodeando a la urbe de un foso; estudios llevados a cabo por los ingenieros ingleses, según nos cuenta Martín Gamero en su «Historia de Toledo».

La segunda vez que las fuerzas del Archiduque, presunto Carlos III, tomaron posesión de Toledo, ocurrió un hecho de importancia para la monumentalidad de la población. El incendio del Alcázar en 1710.

Cuando los ingleses, alemanes, etc. tomaron Madrid, convirtieron nuestra ciudad en lugar de confinamiento de desafortunados. Muchos miembros de la nobleza fueron deportados y se refugiaron en los conventos toledanos, por entonces en pleno esplendor; no tardaron en conocer el descenso. Los mínimos de San Bartolomé, San Clemente, Santo Domingo de Silos, llamado el Antiguo, Santo Domingo el Real y el Convento de la Reina, recibieron cuantiosos donativos en agradecimiento del asilo concedido.

La guerra de la sucesión fué para España, al igual que para Toledo, el principio del fin de su esplendor. Comenzó la penetración de las modas francesas. La Inquisición, según la leyenda negra, centro del ciego fanatismo, fué sustituida por otro peor: las luchas de ideas. Se dió el caso vergonzoso de que las tropas austriacas, inglesas y portuguesas, eran mandadas por Lord Galloway, un renegado francés, hugonote, llamado Ruvigny, y de que de las fuerzas hispano-francesas era General en Jefe Jacobo Fitz James Stuart, Duque de Berwick, Par de Francia, más tarde Duque de Liria, de Xérica, Grande de España, hijo de mano izquierda de Jacobo II de Inglaterra, habido de Arabella Churchill, antepasado directo del actual Duque de Alba.

El final del esplendor fué la Guerra de la Independencia, donde ocurrió la paradoja de que habiéndose ganado con las armas, se perdió en el terreno de las ideas.

Abandonada la capital de España por el ejército aliado, en franca retirada, pasó por Toledo el grueso. Se aposentaron en Toledo, el Generalísimo tudesco Guido Ubaldo Rudiger, Conde de Starhemberg; los ingleses Conde Jacobo Stanhope, Hill, Hamilton y Carpenter; el portugués Conde de la Atalaya, por desgracia muy conocido de los toledanos; más tarde, unos fueron hechos prisioneros en el sitio y toma de Brihuega, y los otros, derrotados en la batalla de Villaviciosa.

Ante la cercanía del ejército borbónico, salieron las fuerzas camino de Guadalajara, no sin antes incendiar el Alcázar, convertido en almacén de munición y de vituallas, para evitar que cayeran en manos enemigas.

Este es el panorama de un Toledo al comienzo de la cuesta abajo, a cuyo fin llegaría cien años después, pese a un efímero renacer bajo el patronato del Cardenal Lorenzana.

FERNANDO ESPEJO

POST-SCRIPTUM.—Una cuestión de interés se suscita al leer diversos libros de historia. La diferente ortografía con que están escritos los nombres de los Generales extranjeros antes citados. Por ejemplo: En la «Historia de España» de Antonio Ballesteros, escribe Stahremberg, Hyl y Carpentier; Zabala, en «España bajo los Borbones», transcribe Galway y Staremberg, y para terminar, Martín Gamero, en su «Historia de Toledo», menciona Staremberg y Stanope.

Meditación ante la tumba de don Alvaro de Luna

Aquellos famosos versos de Jorge Manrique surgen en mi memoria mientras espero la llegada del sacerdote que va a officiar el incruento sacrificio sobre el ara del altar en esta gótica capilla de jacobea advocación de nuestra maravillosa Catedral toledana:

«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar
que es el morir.

Allá van los señorios
derechos a se acabar
e consumir.»

¿Qué fué de tu poderío, Condestable de Castilla, Gran Maestre de Santiago, Conde de San Esteban, Duque de Trujillo?

¿De qué te valió tu valimiento con aquel débil monarca que puso por indolencia y por ineptia los destinos de su reino en tus manos?

El frío filo del hacha segó tu vida aquella mañana del 2 de Junio, y en vez de ser trasladados tus restos a este suntuoso panteón que en vida te preparaste (¡oh, sarcasmo del destino!), te enterraron de limosna por la caridad de los cofrades de la Misericordia en las afueras de Valladolid, en la iglesia de San Andrés, como un malhechor cualquiera.

Pobre naciste y a la tierra volviste pobre también.

¿Quién diría que aquel niño que la humilde María Fernández de Jarana alumbraba en el modesto lugar de Cañete, por tierras de Cuenca, a fines del 1300, iba luego a brillar tan esplendorosamente en la Corte de don Juan II de Castilla!

Tu bastardía no fué obstáculo para llegar a ser paje del rey cuando era niño. Para eso tu padre natural era de la linajuda familia aragonesa de los Lunas...

Desde que fué declarada la mayoría de edad del rey, depositó en tí su confianza, y comenzaste lealmente a servirle y a servir a la Patria, empuñando con vigor y acierto las riendas del Gobierno ante la envidia y enconada oposición de los nobles, de los Infantes de Aragón, del Marqués de Villena...

¿Cuántas alternativas en aquella prolongada Guerra Civil, entre los nobles y la corona, que duró más de treinta años!

Quando prisionero el rey por las tres mil lanzas de don Enrique, le facilitaste la huída aquella noche en Talavera, hasta el seguro refugio del Castillo de Montalbán, con peligro para tu vida, le hiciste un gran servicio. ¡Qué mal te lo pagó! ¡Qué ruin y qué mezquina la figura de aquel rey pelele! ¡Menguada personalidad la de Juan II de Castilla!

Bien destaca tu valer excepcional, entre tanto inepto y tanto necio envidioso, cuando en tu retiro de Ayllón te hiciste rogar hasta tres veces por el abúlico rey y sus cortesanos, que aparentemente te habían vencido, para que volvieras nuevamente a la Corte por ser ellos incapaces de gobernar.

Al pie de Sierra Elvira, a las puertas de Granada, acaudillando a las armas cristianas, cuando derrotaste a Mohamed VIII, ya se perfilaba nueva traición y nuevas intrigas para tí.

Las más estúpidas patrañas y calumnias se levantaron para hundirte, como aquella de que empleabas sortilegios y dabas misteriosos bebedizos al rey para tenerle sujeto a tu voluntad.

Hasta la segunda esposa del monarca se conjuró para perderte, arrancándole la orden de prisión que llevó a efecto el Alcaide de Burgos, don Íñigo de Estúñiga, y a los dos meses todo acababa para tí.

Cuentan que, al avanzar camino del cadalso, oíste la equivocación del Pregonero que al anunciar tras el redoble de

los atabales y el ronco clamor de las trompas la justicia del rey, dijo: «servicios», en vez de «deservicios», y serenamente asentiste diciendo: «Bien diceis, hijo, por los servicios me pagan así».

Tus huesos reposan aquí, trasladados por tus deudos, cuando fué rehabilitada tu memoria.

¡Digno panteón, severo mausoleo, para contener las cenizas de tan gran señor!

¡Que el Dios de la misericordia tenga tu alma a su lado eternamente!

Así pasan las glorias del mundo...

RAFAEL CARRASCO

(Dibujo del autor).



ACONTECIMIENTOS DE AYER

MAYO DEL AÑO 1614

Lope de Vega celebra su primera misa en el Convento del Carmen

En una luminosa mañana, el 24 de Mayo de 1614, el poeta madrileño Félix Lope de Vega Carpio, el Fénix de los Ingenios, como le llamaba el pueblo, el Monstruo de la Naturaleza, como le apodó otro ingenio, gloria de las letras españolas, Miguel de Cervantes, arrepentido de su vida turbulenta, va por primera vez al altar hecho sacerdote a officiar de misacantano.

En el momento místico del milagro, al elevar la Inmaculada Hostia, de sus ojos se desprenden fervorosas lágrimas, y sus labios, trémulos de emoción, balbuceando, susurran:

«Cuando en mis manos, Rey Eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida dignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro...»

Vivió muchas temporadas en Toledo, y entre él y su discípulo y amigo, el poeta toledano Baltasar Eliseo de Medinilla, ordenaron «LA JERUSALEM CONQUISTADA».

Fué contertulio del Greco, y no tiene nada de particular que alguno de los caballeros que figuran en la parte baja del «ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ», Lope de Vega sea uno de ellos.

RAMÍREZ DE DIEZMA

DI A D E R O M E R I A

Otra vez el Valle. Otra vez la fiesta joven y alegre de la romería llega como una explosión de risas y flores primaverales, y conmueve la vetusta quietud de la vieja ciudad. Este día que abandonamos Toledo, podemos contemplarle desde el otro lado del río y sentimos la emoción renovada de su perenne inmutabilidad al descubrir el milagro de su impar y sugestiva topografía monumental. Desde allí todos sabremos ver en la perspectiva del conjunto, su belleza incomparable, no siempre percibida en el cotidiano habitar de sus casas y sus calles viejas e incómodas.

Los caminos que conducen a la romería cruzan inevitablemente el Tajo, el río que en tiempos remotos, besando con su hoz de espuma, suave y acariciadora, los cimientos del ingente peñón, hizo una fortaleza de su cumbre; el río que es el gigante cuyo palpitante y cuya presencia preside el paisaje de la romería; este río, fiero a veces, dormido casi siempre, que nos emociona, cuando acaso tan sólo el día de la romería le cruzamos. No queremos esta vez saltar sobre su lomo de plateadas espumas a través del arco atrevido de alguno de sus puentes, queremos mecernos en su íntimo vaivén ondulado, sentir el olor de su ova, húmedo aliento de sus aguas verdosas, mientras nuestra mano se moja en ellas intentando una caricia a su insensible superficie, que se riza suavemente ante la grosera proa de la barca, esa nave lenta, pesada y casi tan arcaica como el mismo río.

La Bajada del Barco tiene un suelo difícil. Los grandes guijarros redondos están descarnados por las aguas que, en torrente impetuoso, se descuelgan por esta vaguada, la más caudalosa de la orografía toledana, y que cuando llueve recoge aguas casi desde Zocodover, por la Magdalena. Las casas cercanas al río son miserables y carecen de orden urbanístico, y cuando, casi inesperadamente, nos hallamos a la orilla, nuestra vista y nuestros pies descansan ante el paisaje de la abrupta sima, en cuyo fondo nos reunimos el grupo de romeros que espera la llegada de la barca. Sobre nuestras cabezas, el campanillo de la ermita, cantarín e inquieto, lanza su llamada monocorde, que resuena simpática y anima a los romeros a seguir adelante.

Cruzamos la barca. El tenue balanceo que produce el bogar rítmico del barquero puesto en pie, al hundir los pesados y largos remos acompasadamente en las quietas aguas, acalla por unos momentos a los bulliciosos pasajeros, unas veinte personas jóvenes de ambos sexos, que llevan la alegría pintada en sus rostros. Nuestro toscó navío se desliza despacio, dejando tras sí una ancha estela de burbujas que la corriente se lleva en dirección a la presa de los molinos, que unos cincuenta metros más abajo revuelve las aguas en un sordo trueno continuo.

Ya en la otra orilla, saltamos a tierra y comenzamos la ascensión; el camino zigzaguea su empinada pendiente en la pared abrupta del barranco; este camino, empedrado toscamente, que en los lejanos siglos del medioevo era cruzado ya por otros fieles cuando lo que hoy es ermita fue monasterio de San Félix, sobre cuyos cimientos se edificó luego San Pedro de Saelices, para transformarse por último en nido acogedor y alegre de esa preciosa imagen, tan venerada de los toledanos, que es Nuestra Señora del Valle.

La entrada al patio de la ermita es un hormiguero apretado de los que entran y salen: Llamadas, rápidos saludos, una muchacha que lleva un cántaro con agua de la Virgen, niños que hacen sonar sus campanillos de barro cocido, grupos de las bellas muchachas toledanas, de rostros arrebolados, pañuelos de alegres colores a la cabeza, vestido pavoroso y una amplia sonrisa en sus labios. La capilla no tiene esa severidad austera de cualquier iglesia toledana. El reducido espacio donde la Virgencita, amable y bella, recibe a todos sus fieles (casi como si se tratara de sus amigos, cariñosos amigos de su infancia), transciende a flores, al humo de los cirios, al tomillo que cubre el suelo y al cantueso, que llora perfume cuando pisan sus morados borlones.

Mientras la mirada se posa en el rostro de María, las oraciones, ligeras como palomas, parecen amables piropos, y los piropos —a la Virgen del Valle todos sus fieles se los dicen llevados de su belleza—, son como espontáneas oraciones. Entre tanto, el cáñamo del campanillo cruje incesantemente haciendo voltear el bronce que lanza su metálica voz hasta los confines más lejanos de la romería, y si su ritmo se acelera, acaso sea porque una pareja de jóvenes unen sus esfuerzos con la poética e ingenua ilusión de ser ello buen presagio para una pronta boda. Y la Virgen parece sonreír al ver tanta alegría y tanto bullicio en su torno.

Afuera, entre las caprichosas peñas de los cerros circundantes, grupos multicolores se mueven de un lado para otro en abigarrada policromía, y sus siluetas se empequeñecen cuando trepan a la Peña del Moro, ese hierático personaje de piedra. Sobre la explanada, alegres corros cantan y

giran, o saltan a la comba, o bailan acompañados de los quejidos de algún gramófono o con las notas cantarinas de un piano de manubrio. A la sombra de cualquier peña o de alguna lejana encina, hay siempre una familia ocupada en la afanosa tarea de elaborar una paella. La sed puede hacer su aparición, pero allí está esa multitud de gangos surgidos en unas horas para apagarla; y las tostoneras, que sobre la albura de sus puestos exhiben montones de «torraos» y caramelos largos y gruesos como garrotes; y esos otros puestos de cantaritos y campanillos de barro cocido; y las gitanas, que recorren los grupos diciéndole la buenaventura; y perros que merodean, dándose ese día un verdadero festín con los restos de las meriendas, calculadas siempre con exceso.

La jornada transcurre entre bromas, escaladas, carreras, canciones, sed, vino y convites, que se van aglutinando en un suave cansancio. Y cuando el sol se pone, silueteando las torres toledanas con un crepúsculo inusitado, la Virgen sale de su nido, como un inmenso rosal florido, y recorre su romería por un sendero empinado sembrado de tomillo y oraciones. Los cohetes rompen en el cielo con alegres estallidos, y el campanillo voltea veloz sus acordes de apoteosis llamando a los desperdigados romeros, que de todas partes bajan para ver la Virgencita, extasiarse de su belleza y ofrendarle una oración, que es medio requiebro, medio caricia.

La noche se acerca; la procesión llegó a la ermita, y después de «echar a la rifa» de la rosca y el jamón, acto éste de protocolo tradicional, iniciamos el regreso. Van quedando atrás los cerros, que por unas horas han visto su cotidiano silencio alterado con el bullicio de miles de inquietos romeros. El camino festonea la sima donde rueda el río; en la otra orilla se yergue Toledo, casi en sombra ya, silencioso, erecto, afiladas sus torres y campanarios, ruinosas sus viejas murallas sobre la pendiente gris de sus rodaderos, paleta donde se han mezclado los viejos colores de sus escombros seculares.

Volvemos cansados. El olor a tomillo, la sed y esa sensación tirante de la piel tostada por el sol y el viento, nos embarga de un sano optimismo. Después de trasponer las puertas, nos sentimos otra vez dentro de Toledo, la ciudad prisionera de sí misma; ya quedó lejos la romería, pero el bullicio de las muchachas, hecho coro de alegres canciones, el tintinear de los campanillos de barro cocido que traen los niños y ese olor a tomillo que entra en todas las casas, dan fe de una jornada inolvidable.

ANTONIO DELGADO

Trabajo premiado en el Concurso organizado por «ESTILO».

LA VIRGEN DEL VALLE

Llegó el risueño Mayo floreciente,
y Toledo, el Toledo misterioso,
se quedaba este día silencioso
dormido en la grandeza de su ayer.
Por sus angostas calles tortuosas
desciende en tumultuosa algarabía
la multitud que inflama en alegría
la suave luz de un lento amanecer.

Gritos, risas, cantares, luz y vida.
El Sol de Mayo bendiciendo sube
la masa humana, que en bullente nube
de romeros, desplázase en tropel.
Del hondo Valle hasta el abrupto cerro
cubierto el campo por la gente queda.
Y en el corro gentil la bota rueda...
blando césped le sirve de mantel.

Y mientras cunde el bienestar y el gozo
que trasmite la bella faz del día,
la Capilla se cuaja en la armonía
de mil almas que rezan su oración.
Llega la tarde. El sol templea sus rayos.
Y en el aire... vibrante y armonioso
un tañido sutil da jubiloso
salida a la sencilla procesión...

Flores ardientes de cariño aroman
una pequeña imagen. Y un gigante
volcán de amor estalla en el fragante
y toledano espíritu inmortal.
Una salva de Fe mueve sus almas...
La tradición se vierte en dulce canto
y el eco de sus voces grave y santo
asciende a la morada celestial...

Vencido el Sol, enrojeciendo, muere;
con paso lento torna ya el cortejo
y Toledo gentil, agosto y viejo,
abre amoroso el pecho acogedor.

Y allí, junto al lugar do el triste Moro
gime sin que su llanto el tiempo acalle,
solemne se alza bendiciendo el Valle
la Reina de la paz y del amor.

GONZALO PAYO

(Trabajo premiado en el Concurso organizado por «ESTILO»).

EL TONTO DEL LUGAR

Tonto de pueblo.
Torpe silueta de un espantajo.
Carnavalesco, sucio pingajo,
tosco bufón.
Greña y cochambre de un tabladillo,
tiene de tonto lo que de pillo
y es tan idiota como bribón.

Por la plazuela,
vuela que vuela,
de corro en corro, va su sandez.
Ríe la gente la tontería
y, en la parodia de la alegría,
nadie se libra de la idiotez.

Chafarrinones de carcajadas
por las callejas endomingadas:
polvo y chiquillos, gritos y sol.
Una tabarra de moscardones.
La travesura de unos guasones:
burla con baba de caracol.

En el cotarro de vecindonas
las celestinas y cuarentonas
le hacen procaz.
Y en el retozo de las zagalas
son sus ojillos como bengalas
en el abismo que hay en su faz.

—¿Cuándo te casas? —le inquiera una—.
Y en su tontuna
pícaro y boba,
de malandrín,
—¡cuando tú «quieras!» —dice atrevido.
Y hay en su gesto de fauno herido
el desvaído
mariposeo de un Arlequín.

Calle y tugurio le hacen primata
del disparate
para rechifla, juega y cimbel.
Que el populacho sin el idiota
siente el vacío de la derrota
y necesita de su oropel.

Por mentideros y por mercados
del pobre tonto los avisados
hacen pregón.
Quizás por eso este espantajo,
carnavalesco, sucio pingajo,
tosco bufón.
Greña y cocrambre de un tabladillo,
tiene de tonto lo que de pillo
y es tan idiota como bribón.

A. ORTIZ CABAÑERO

NOCTURNO

*Cuando tus ojos, dos claros zafiros,
miren al cielo plateado de luna,
mudo de viento, mecido en la cuna
de un horizonte vibrando en suspiros;
cuando a tu lado la senda y los pinos
lloren lamentos, y cante la espuma
de un agua quieta que riza la bruma,
como aves blancas sin alas ni trinos,
recuerda entonces la noche templada
prieta de alientos de acacias en flor,
y el arañazo de grillos poetas
hiriendo en surcos la luna callada;
recuerda entonces mis quejas inquietas
mientras te hablaba palabras de amor.*

MILAGRO

*Fué tu voz, hecha viento de dulzura,
como un soplo de mar, como una estrella
galopando en la noche quieta y bella
que rasga un terciopelo de negrura.
Tu gesto, vibración de tu alma pura,
conmovió con chasquido de centella
mi anímica pereza, siendo a ella
cual trazo firme de ideal blancura.
Me ofreciste tu voz y la he escuchado,
me diste tu mirada que me ha herido
y sangra el sentimiento agradecido.
Me brindaste tu brazo y lo he tomado
y mecido en su mármol, tibio nido,
como un moderno Lázaro, he andado.*

«MORO»

La espada toledana y su historia

En todos los tiempos, en la espada se ha condensado la representación simbólica del poder soberano, de la fuerza, de la justicia, del valor y de la victoria. Ostentarla ha sido y será siempre privilegio de caballeros y honra de los hombres. No extrañe, pues, que desde el principio de su existencia haya sido un arma íntima y personal, al igual que una joya, prestándose su hoja y empuñadura a que los espaderos dieran rienda suelta a su fantasía de artistas. Y nada, ni nadie como ella, ha llevado en triunfo, a los más apartados rincones del mundo, el inmortal nombre de Toledo.

Las armas, puede decirse que nacieron con el hombre, y una de las primeras fué la espada, empleándose para su fabricación materiales rudimentarios, tales como los huesos de animales y la piedra, tipos de los que se conservan miles en los museos. Pero el verdadero nacimiento de la espada, propiamente dicha, es en la aparición del bronce, con formas muy rudimentarias: hojas anchas y fuertes, uno o dos filos y punta poco aguda, es decir, arma de corte. Un sencillo mango del mismo material o incluso de madera, ponía remate a aquel embrión pesado y tosco.

Ya, en la edad de hierro, hace su aparición la espada ibérica, siendo sus primeras víctimas, y a la vez sus admiradores, los romanos, que la tomaron de modelo. Su longitud oscilaba entre los 40 y 50 centímetros, con hoja ancha y dos filos (a diferencia de la romana que sólo tenía uno), y aguda punta, haciendo su aparición la cruz de la empuñadura. Los romanos, tomando como base la espada ibérica, hicieron un tipo de espada, más larga y fina, adornando la empuñadura con cabezas de leones y águilas; este tipo se denominó *spatha*.

Por aquel entonces se hacían en España las *rambhas* (espadas cortas, casi puñales), y las *falcatas* (curvas, con filo en la parte interior).

Los españoles, al igual que los germanos, escandinavos y galos, las llevaban siempre ceñidas, incluso en los ceremonias religiosas y en los festines:



Empuñadura de espada, copia de la de Isabel la Católica, en latón cincelado y dorado, guarnecida de esmaltes.

«Por que es peligro traellas
Y es negligencia dexallas;
Y los que bien por ellas,
Para exercitarse en ellas
Continuo conviene usallas.»

(Fadrique Enriquez).

En la Edad Media empieza a ser algo más larga y estrecha, y la anchura de la hoja disminuye progresivamente hasta la punta: alterna el gavilán con la cruz o cruceta. Las más típicas de la época son: la de *cornadillo*; la de *marca* (cinco cuartas de longitud), llamada también *ronfea*;

la *lobera*, típica de la época de San Fernando; la *ropera*, espada de ceremonias; la *flamante* o *flamígera*, de hoja ondulada en forma de llama; la *cinta* o *cinto*; el *verdugo*, larga y fina; la *jineta* o *zeneta*, como su nombre indica, para usar a caballo; la *papagorja*, de hoja muy ancha; la *sabla*, de hoja curva y origen turco, etc., etc.

Era costumbre en la época el regalar las espadas de las grandes hazañas, como prueba de respeto y afecto. Pero Niño, en 1407, regaló a «madama la Almiranta la su espada, toda mellada, é sacados grandes pedazos della, é las espiga torcida de los grandes golpes que avia fecho con ella.»

En el siglo XIV, empezó a fabricarse, con el objeto actual de herir de punta; la hoja se hace larga y estrecha, volviendo en el siglo XV a su forma ancha y algo más corta; así fueron las espadas de los conquistadores. Y en los siglos XVI y XVII, siglos de oro para esta arma bella por excelencia, surge la esgrima española, que rápidamente invade el resto de Europa. Aparece la espada española clásica: negra, fina, apenas sin corte y aguzadísima punta; gaviñanes complicados, lazos, cazoletas y guarniciones, cubiertos de cincelados, calados, ataugias y damasquinados finísimos, así como cuajados de esmaltes y piedras preciosas; espadas de lujo, como joyeles, para defensa personal y verdaderas obras de arte.

Como armas guerreras son típicas de aquel tiempo: el *terciado*, un tercio más corto que la marca; el *estoque*, más largo que la marca; de *una mano* y *dos manos*, o *montante*, propias para usar a la jineta, y de imponente aspecto dado su tamaño, llegando algunos montantes a tener seis pies de longitud.

Posteriormente, la típica y españolisima *tizona*, contemporánea del chambergo y la capa, puso su fina y brillante nota en calles y callejas, en la tierra y en el mar, en los salones y en las batallas, llenando con sus acciones legendarias y temerarias todo un siglo de literatura.



Fragmento de hoja de sable grabada y cincelada. Representa el paso del Ejército Nacional por el Estrecho de Gibraltar, bajo la protección de la Virgen de Africa.

La aparición del arma de fuego portátil fué el principio de la decadencia de arma tan gallarda, quedando su uso reducido a los duelos o a su empleo como símbolo de mando y jerarquía, situación en que hoy se encuentra, pues como arma de guerra puede decirse que prácticamente ha desaparecido.

Los centros de producción de espadas más antiguos que registra la historia son: Atenas, Chipre, Corinto, Rodas, Delos y Samos; después la Galia y España, empezando su fabricación en Toledo:

«Imo toletano prasecingant illa cultro.»
(De Venatione Gratii Cynegetii).

Pero el principio del esplendor de esta incomparable artesanía toledana, empieza en el siglo IX, alentado por el gran Abderramán II, y culmina en el XVI. Citemos también como puntos importantes de producción en aquel entonces: Córdoba, Cuenca, Madrid, San Clemente, Valencia, Cuéllar, Badajoz, Segovia, Zaragoza, Sevilla, Orgaz, Elbaio, Avila, Mondragón, Sigüenza, Aspe, Jaén y otras muchas ciudades, que dan idea del desarrollo de aquella industria. Todas éstas fábricas empleaban el acero de Vizcaya y Guipúzcoa. Hasta el siglo XV, sólo se empleaba el hierro de una mina ubicada en las proximidades de Mondragón, y, posteriormente, el acero, natural de la famosa mina de la Peña de Udala.

El perfeccionamiento de las armas de fuego y la influencia de las modas francesas, importadas por los Borbones, nos trajeron el espadín y la espada de Corte (más adorno y emblema, que arma de lucha), causando la casi total desaparición en nuestro país, y en particular en Toledo, de esta magnífica artesanía, a tal extremo, que cuando en 1760 Carlos III quiso restablecer esta típica industria en la Imperial Ciudad, no encontró en toda la península, más que un maestro espadero de 80 años, valenciano, que se llamó Luis Calixto, el cual organizó la primitiva Fábrica de Toledo, en la casa núm. 12 de la calle de Núñez de Arce.

En 1761, se inició la construcción de la actual Fábrica Nacional, por orden del mismo monarca, encargándose el proyecto y ejecución al entonces Arquitecto Real, Francisco Sabatini, el que dejó el sello característico de su estilo, en el frontis de la fachada principal y en las galerías del patio central, más propias de un palacio que de un centro fabril. Terminóse la obra de la Fábrica, o sea, lo que hoy constituye el edificio principal, en 1783; en 1777, se encomendó su dirección, al Real Cuerpo de Artillería, el que con su celo, laboriosidad y conocimientos técnicos, la impulsó en épocas sucesivas, hasta llegar a convertirla en lo que hoy es, centro fabril de capital importancia, y del que Toledo, con razón, puede sentirse orgulloso. Desde 1943 está a cargo, al igual que las demás Fábricas Militares, del nuevo Cuerpo de Ingenieros de Armamento, nutrido en su principio por artilleros. En su comienzo, y como dato curioso, diremos que la energía se la proporcionaban dos ruedas hidráulicas, de 4 caballos cada una, colocadas en el llamado Canal de Carlos III, que aún existe. En 1838, se montó la primera turbina, y en 1870, el primer taller de cartuchería, empezando en 1911 su gran desarrollo, que aún sigue en nuestros días, siendo

hoy el único centro fabril del país, tanto oficial, como particular, que fabrique en serie armas blancas, y por lo tanto, espadas, manteniendo con su esmero y calidad, el laureado prestigio del acero toledano

Mucho se ha hablado, y aún se habla, de las virtudes que para el temple tienen las aguas del Tajo; ésto, hoy que puede



Sable con hoja damasquinada y empuñadura completa, cincelada y calada, con esmaltes y pedrería.

decirse que casi no existen secretos para la técnica, no deja de ser un mito, y no podemos atribuir a esas aguas venerables propiedad particular alguna para tal fin, y si en Toledo se fabricaron las mejores espadas del mundo, se debe a la pericia de sus espaderos, y no a su río, que aguas abajo tendrán sus aguas poco más o menos, la misma composición y temperatura, sintiendo con ésto causar alguna desilusión a los poetas.

El temple, operación delicada que consiste en el enfriamiento rápido del acero al rojo, requiere un conocimiento perfecto de la forma de calentarlo, tanto para la forja, como para el temple, así como el conocimiento de la temperatura de temple, datos que hoy se miden y conocen

con exactitud casi matemática, con aparatos adecuados y análisis: igualmente existen instrumentos especiales para reconocer los materiales antes y después de tratados, con lo que se evitan roturas y desperfectos no previstos.

Y todo esto, que hoy puede hacerlo cualquier persona regularmente preparada, eran los *secretos* que poseía cada espadero para dar el temple a sus armas. Para evitar las roturas por grietas o pelos, véase lo que nos dice un antiguo escritor que hacían algunos: «Los fabricantes antiguos de espadas, para sacarlas finísimas, paraban el hierro en barras o láminas, escondiéndolas o encerrándolas en la tierra, en la que se consumían con el tiempo las partes débiles o flojas o porosas, y luego, de las más depuradas y sólidas, hacían espadas». (Rodríguez del Campo.—Siglo XVIII).

Otro *misterio*, al parecer netamente toledano, y que permaneció ignorado por muchos espaderos de Europa, fué la hoja con alma de hierro; consiste en esencia, en soldar al rojo blanco, dos láminas de acero y una central, más gruesa, de hierro, alargándose después, por la forja, hasta la longitud deseada. De esta forma se conseguía una espada de hierro, materialmente *forrada* de acero, y que resultaba flexible, pero al mismo tiempo, casi irrompible; las espadas de acero excesivamente templadas, son muy frágiles.

Las temperaturas de calentamiento de forja, así como las de temple, las conocían por los colores del acero caliente, gama que, como se sabe, varía del gris al blanco brillante, y en eso estaba la práctica del templador; conocer el color preciso, o dicho de otra forma, la temperatura requerida para el buen temple.

El tiempo de calentamiento, así como el de inmersión en el agua, lo median de las formas más diversas y extrañas; la duración de una determinada oración, o la de una canción o poesía, por lo general, alusivas al oficio, eran las medidas de tiempo empleadas. También tenía su importancia, y realmente la tiene, la forma de introducir el acero al rojo en el agua, la forma de agitarlo dentro de la misma, los revenidos posteriores (calentamientos más bajos), etc., etc.

Todos estos recursos eran celosamente guardados dentro del taller, en donde por lo general, sólo trabajaban familiares y se transmitían de padres a hijos.

El conocimiento profundo de este delicado oficio, fué el que dió renombre universal a las espadas toledanas y sus artífices, descollando por encima de todos la figura señera del maestro Alonso de Sahagún, el *Viejo*, que murió en 1570. Por sus méritos y laboriosidad, el gremio de espaderos disfrutó de privilegios, tales como la exención de impuestos relacionados con su industria.

Hoy, en la era del átomo, la espada es ya pieza de museo, adorno de una panoplia, símbolo de mando en la milicia, instrumento de deporte en la esgrima u objeto curioso para el turista. Sólo queda en uso, y se emplea como cuando se hizo la primera, una espada, que aunque no es genuinamente toledana, no por eso deja de merecer respeto, ya que, como decimos, se conserva casi en su pureza primitiva; nos referimos al estoque torero, arma fina y viril, que puede decirse sin temor a error, que es ya la única arma blanca que aún pasea por el mundo la gallardía de nuestra raza.

ALMIRA.

(Fotografías cedidas cortésmente por la F. N. T.).

SURREALISMO

Por

JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA

En el último libro de Juan de la Cosa (1), se traza el plan que la Masonería presenta a sus afiliados cuando llegan al grado 32. Este guión de combate, realizado ya en sus tres quintas partes, acabará con «la conquista de Jerusalén y la reedificación del templo». Quedan en la incógnita del futuro cuáles sean los dos puntos a realizar aún, de los cinco que componen el programa. Los otros tres, que sellaron la historia del mundo con su fatídico contenido, son: La rebelión de Lutero, la proclamación de la soberanía del pueblo en la América del Norte y la proclamación en Francia de los derechos del hombre.

A cualquiera le interesaría conocer qué queda por hacer en esta estrategia gigante. Justo será llamar la atención sobre algo que, considerado arte, lleva características alarmantes en sus consecuencias.

No me atrevería a afirmar que sea ello uno de los elementos del plan masónico. En realidad, juzgado aisladamente, no lo creo. Pero, en el enlace forzoso de los hechos, bien merece unas líneas de atención y estudio.

Ya definí en un artículo pasado mi posición ante el Surrealismo. Si entonces hablé como admirador de la pintura, lo haré hoy considerando el Arte en cuanto conduce al hombre hacia Dios.

Francamente, el síntoma que prendió la mecha de la inquietud, fué una crónica de Luis Calvo, desde París, publicada en «A B C». Allí, con un fino espíritu satírico, se refiere al estreno de la última obra teatral de Picasso, surrealista por supuesto. No recuerdo en este momento su título. Lo siento, y me choca, porque me creía poseedor de mediana memoria, y el tituló, por estrafalario, descohesionado y absurdo, era muy fácil de recordar. Ruego, únicamente, al lector que no se sonría compasivo cuando intento ofrecerle, a fuerza de buena intención, una idea aproximada del verdadero nombre de la obra; algo así como «Los pies de plomo en la bañera», aunque, después de todo, esto todavía me parece demasiado lógico.

Pues bien; la obra en cuestión se representa para la «élite» de Londres. Y ni siquiera por «snobismo» fué elogiada por alguno, ya que, para todos, pasó incomprendida. Tuve la desgracia de leer un extracto del segundo acto. Bajo mi palabra de honor, les aseguro que era el colmo de lo absurdo, grosero, chabacano y, en ocasiones, indecente rayando en lo inadmisibles. Siento deber consignar que los actores de la representación pertenecían a las más selectas covachas existencialistas y surrealistas.

Y eso es lo que repugna. Que el surrealismo artístico, concretamente, apenas si es burdo pretexto, o vehículo, para una doctrina anti-católica.

A fuerza de buscar en su propio interior reacciones y choques anímicos, el pintor surrealista, si va de buena fe, suele ya moverse en un «clima de complejos», bastante incómodo. Un círculo constante de auto-preocupaciones, muy propenso a toda clase de influencias y sensaciones.

Y, quizás, es este el punto de aplicación sobre el que opera la palanca del Surrealismo filosófico y doctrinal. Antes de pasar adelante, conviene estudiarle ligeramente. Tan ligeramente, que sólo voy a transcribir unos párrafos de Luis M. Saumells en «Arbor» (núm. 27, págs. 436 a 443). Escribe sobre la exposición del Surrealismo en París, 1947.

«La Exposición-Templo: ...Kiesler, es el autor de la mágica arquitectura de la «Sala de Supersticiones» del primer piso, donde se exhiben, entremezclados, los símbolos de religiones, supersticiones y creencias de todo orden, que sin duda habrá que superar para alcanzar la libertad...»

«El Surrealismo como filosofía y creencia: ...El surrealista vive entronizado en su imaginación y en su deseo. En esta posición pasiva y solemne, dogmatiza, prevé, guiado siempre por su privilegio... La esencia de lo surreal radica en el hecho de que sus adeptos se presentan como seres humanos en cuyo interior despunta ya... la gran libertad ilimitada. «Ya no se trata en adelante de dar a ver. Es preciso dar a vivir.»

«Ante el estado actual de la sociedad, el Surrealismo tiene misiones concretas que trata de llevar a cabo por todos los medios: la propaganda, el insulto y el escándalo. Tal vez el acuerdo más importante a que se ha llegado sea la determinación de un blanco contra el cual dirigir el ataque: el Cristianismo... El Surrealismo es el culto a la superstición, sustituyendo las supersticiones viejas y desusadas por otras nuevas que propone y clasifica, recomendando las más eficaces... La superstición supone ausencia de Dios. «La ausencia de Dios es más grande, es más divina que Dios». En cambio la mística hay que conservarla...»

No resisto a la tentación de detenerme sobre todo lo que en estas doctrinas hay de superstición «mística» y «nueva», aunque sea a costa de recurrir a mitos ya antiguos y gastados. Cómo la combinación de «Libertad y falsa mística» se enfrenta al cristianismo, lo encontrará también el lector en el capítulo ya citado de Juan de la Cosa, «Masonería y liberalismo»; y no temo

hacerme pesado, si insisto en una posible parentela entre aquélla y la filosofía del Surrealismo.

Es preciso reconocer el magnífico campo en el que opera este sistema. Un campo que parece hecho conforme a su máxima: «Ya no se trata en adelante de dar a ver. Es preciso dar a vivir». ...Suponiendo que vivir sea lo que ellos propugnan. Por lo pronto, moldean unas voluntades ya muy inclinadas a la auto-investigación. Que pasan los días sumergidas en un culto a sus propias reacciones. Y es fácil y bonito, incluso, el pensar que en ese interior, tan trabajosa y equivocadamente atendida, puede encontrarse, como una lumbrera, la libertad ilimitada. Donde ya está la equivocación es aquí. Porque libertad ilimitada, para el hombre, no existe más que cuando se mueve plena y conscientemente en Dios. Y el Surrealismo llama libertad ilimitada a la ausencia de Dios, puesto que «es más grande que Dios mismo», o a las pasiones desatadas. Es un culto al Yo, inferior, insensato y contradictorio.

Y perdone el lector si los adjetivos han salido un poco fuertes.

Bien sé que hay muchos surrealistas, pintores, de buena fe. Pero también era «surrealista de buena fe» Salvador Dalí, y le bastó un pequeño soplo del sistema filosófico para que escribiera algunas páginas de las que, probablemente, se habrá arrepentido a estas horas. Puede seguirse su proceso psicológico en un libro publicado últimamente (2). Únicamente intento establecer la clara línea que puede unir las ideas ególatras del surrealismo, filosofía, con el caso siguiente del surrealismo, pintura, que voy a citar como ejemplo.

Miró, que, por lo visto, es un pintor de buena fe, deja reposar la tela manchada de colores hasta que, al cabo del tiempo, su espíritu encuentre correspondencia con aquélla (3). No entienda el lector, y Dios me libre de afirmar otra cosa, más que este procedimiento, no privativo de Miró (al que he citado por pura casualidad), se presta fácilmente a la infiltración de todo el Surrealismo filosófico.

Y de ahí este modesto llamamiento. Amigos surrealistas: vosotros, pintores y artistas sinceros, sois terreno abonado para lo que el arte español ni puede ni quiere admitir. Sed surrealistas si queréis (sobre gustos no hay nada escrito), pero procurad que la libertad ilimitada, que os inunde a vosotros mismos, sea tan solo una creencia cada vez más arraigada en Dios. Lo piden la catolicidad de España y de su pintura.

(2) «Salvador Dalí visto por su hermano». Por Ana M. Dalí. Barcelona, 1949.

(3) Císici-Pellicer: «Miró».

(1) «España ante el mundo». Madrid, 1950. Capítulo II.

ARQUITECTURA, ESCULTURA Y PINTURA ESPAÑOLAS

Por PABLO LEÓN MURCIEGO
Profesor del Seminario de Toledo

Verdaderamente han sido admirables y variadisimas y originales, y en muchos casos y en algunos aspectos únicas en el mundo, las manifestaciones artísticas de las artes plásticas en España.

Ninguna nación del mundo puede presentar la riqueza asombrosa de joyas y monumentos, de tan varios estilos, como la que puede presentar nuestra fecunda Patria; variadisimas son las obras de arquitectura; hermosisimas y muchas las de escultura; insuperables las pictóricas. Solo unas líneas rápidas dedicaremos a materia tan vasta.

Solamente de la Edad Media tiene España tan gran número de monumentos arquitectónicos, que asombra. La mayoría, son religiosos y militares. De estilo románico-visigodo, la iglesia de San Miguel de Lino; mozárabe, la de San Miguel de Escalada y Santiago de Peñalba; románico, la grandiosa Catedral de Santiago de Compostela y la iglesia inestimable de San Isidoro de León; de estilo ojival, las soberbias y bellisimas Catedrales góticas de León, Burgos y Toledo. Del tiempo de los árabes, tiene nuestra Patria la hermosísima Mezquita de Córdoba, la lindísima Giralda de Sevilla y la encantadora Alhambra de Granada, cuya ornamentación de estalactitas, piñas, azulejos, yesería y madera labrada es verdaderamente primorosa. De estilo mudéjar, tenemos el Alcázar de Sevilla y la Puerta del Sol de Toledo; del plateresco, la Universidad de Alcalá de Henares; del Renacimiento, la primorosisima iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo (de Juan Guas) y la maravillosa y gigantesca Catedral de Granada (de Diego de Siloe), mandadas construir por los Reyes Católicos. Pero la obra cumbre de este periodo, el verdadero museo y la más fiel expresión, no sólo de las bellas artes, sino de las ideas y de los sentimientos de su fundador y de la nación en el siglo XVI, es el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, octava maravilla del mundo, rey de los monumentos españoles, síntesis de todas las bellas artes, trazado por el sabio arquitecto madrileño Juan Bautista de Toledo, y continuado y terminado felizmente por Juan de Herrera, que modificó el plan primitivo y supo imprimir en aquella construcción religiosa el carácter místico de su siglo, y con aquella línea de pureza geométrica, con aquellas masas en toda su austera desnudez y la sencillez más absoluta, unida a la severa monumentalidad, expresar la serenidad evangélica, la fe robusta y pura y la nobleza imponente y augusta que le hacen digna morada del Altísimo.

Y, ¡cosa singular!, la arquitectura, la más material de las bellas artes, se ve influenciada por el sentimiento religioso, espiritualizada, sobre todo, en los primitivos templos románicos y en las magnificas catedrales góticas, que son como oraciones petrificadas, como la materia idealizada y arrodillada ante la Cruz, tendida en el pavimento de sus naves.

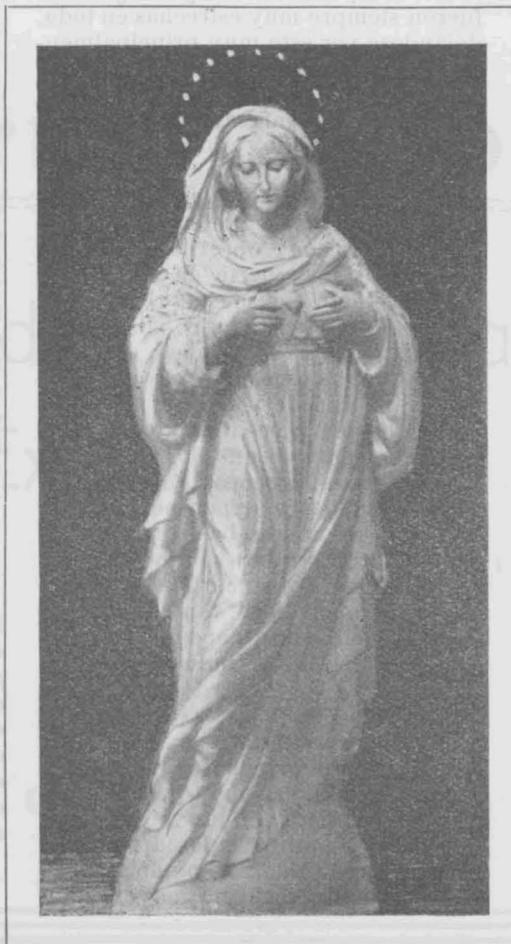
Pero donde el sentimiento religioso, la más alta idealidad, el misticismo más puro brilla en todo su esplendor, unido a ese realismo portentoso que caracteriza a todos los artistas españoles, es en nuestros escultores y pintores, los más religiosos y realistas del mundo. Vedlos: son Berruguete, con sus obras llenas de espiritualidad, dinamismo y misticismo, como el retablo vallisoletano de San Benito el Real; Gaspar de Becerra, con su admirable, robusto y grandioso retablo de la Catedral de Astorga; Gregorio Hernández,

de intenso dramatismo en *La Piedad*, de Valladolid; Juan Martínez Montañés, síntesis de serenidad, reposo, belleza, armonía de líneas, factura esmerada y emoción espiritual, cuyo prodigioso *Cristo de los Cálices* (de la Catedral de Sevilla), obra cumbre de la imaginería cristiana, marca el triunfo del realismo y de la idealidad religiosa; Juan de Mesa, de intenso dramatismo en los rostros, con su famosísimo *Jesús del Gran Poder*; Roldán, con su *Entierro de Cristo*; Gijón, con *El Cachorro*; Alonso Cano, el de las bellisimas *Concepciones* granadinas, que al unir al realismo la belleza, la vida y las exquisiteces de la forma, logra la más hechicera armonía, única en el arte español, y Pedro de Mena, el representante más auténtico de la inspiración atormentada y mística, que con tanta emoción sentía entonces el pueblo español, y cuyo realismo característico brilla en sus *Dolorosas*, *Ecce-Homos* y *Santos penitentes*.

Y si de los escultores pasamos a los pintores, ¿dónde encontraréis más realismo y religiosidad que en el maravilloso cuadro de la *Cena*, del valenciano Juan de Juanes, llamado el Rafael español, cuya piedad le llevaba a no poner el pincel en el lienzo sin antes haber recibido el Pan eucarístico? ¿Dónde hallaréis tanta piedad como en el divino Morales, misticismo tan austero como en el Greco, cuyo *Entierro del Conde de Orgaz* le ha dado imperecedera fama? ¿Dónde *Evangelistas* tan graves y grandiosos como los de Francisco Ribalta; mártires tan a lo vivo y de tanto heroísmo como los de Rivera, el españoletto; religiosos y monjes tan fielmente expresados como los de Francisco Zurbarán, el pintor que sabe sombrear con honradez artística inmaculada, dueño único y singular de los valores cromáticos del colorido? ¿Dónde cuadro tan impresionante, tan religioso y tan magnifico como *La Sagrada Forma*, de Claudio Coello, que decora la sacristía de El Escorial? Y para llegar a los reyes de la pintura española, ¿en qué pintor de la tierra encontraréis

tanta religiosidad, piedad tan simpática, ternura tan infantil, inocencia tan pura como en los cuadros del divino Murillo, mago del color vaporoso, llamado, con razón, pintor del cielo, pintor de las Concepciones, y cuyas *Inmaculadas* y lienzos de *San Antonio*, *San Francisco de Asís*, *Santa Isabel curando a los enfermos*, *los niños Jesús y San Juan* y *Dos muchachos comiendo melón*, serán eternamente las delicias de los enamorados de un arte real y religioso, bañado en luz, que parece increada? ¿Dónde, en fin, podréis hallar nunca un pintor de la realidad palpitante tan fecundo y genial como Velázquez, el más eminente de los pintores españoles y, desde el punto de vista de la técnica, el más grande que ha conocido el mundo, del cual se ha dicho que llegó a pintar el aire y el ambiente y que los personajes de sus cuadros viven y respiran como nosotros, y cuyas obras cumbres son *Las Meninas* y *Las Hilanderas*, y, sobre todo, el *Cristo de Velázquez*, una de las más excelsas obras que ha producido el arte de la pintura universal, Cristo portentoso y sublime, del cual dijo Mella que parecía una instantánea recogida por el genio y el amor arrodillados en la cumbre del Calvario?

Con razón escribió Macaulay que la supremacía que España tuvo en Europa, era debida a su indisputable superioridad en todas las artes de la guerra, de la política y de las producciones artísticas.



Sagrado Corazón de María
Escultura del artista toledano Tomás Gimena

Los gremios toledanos en el siglo XVII (*)

I

CONSIDERACIONES GENERALES

Por FRANCISCO DE BORJA SAN ROMÁN

Hay que sostener que especialmente desde los comienzos del siglo XVII la marcha uniforme, normal, de la industria con el gremio había desaparecido, a causa de la ruina porque aquella se precipitaba. Desde este momento el gremio, atraído por la industria, tendría que seguir el derrotero que ésta marcara; y así sucedió, en efecto, siendo un hecho bien notorio, porque la industria al caer fijó su mirada en el gremio, acogiéndose a él como tabla de salvación. Transcurre, pues, un período largo, que comprende casi todo el siglo XVII, que podemos llamarle de la decadencia, el cual termina con la creación de la Junta de comercio y moneda (1679) que inaugura una nueva era para los gremios.

La reunión de los individuos de un mismo gremio formaba un Cabildo, que, generalmente, tenía su cofradía, la cual era como un recuerdo de las antiguas del mismo título; llevaban el nombre de algún santo tutelar, a quien consagraban fiesta todos los años.

Cuando se constituía un gremio procuraba en seguida tener ordenanzas, en las que se proveía al buen régimen de los oficios y se intentaba cortar los abusos introducidos en ellos. Las ordenanzas que se dieron a los gremios toledanos descansan, todas, en un principio de uniformidad. Tienen una parte que pudiéramos llamar técnica, en que se daban ciertas prevenciones referentes ya a la bondad de las primeras materias que habían de emplearse, a la forma de los géneros o productos del oficio, y qué procedimiento había de seguirse para la fabricación o construcción de los mismos. Se ordenaba en ellas el nombramiento de veedores y sobreveedores, de que luego hablaremos. Determinaban los requisitos que habían de reunir los aprendices u oficiales que habían de examinarse, pues sin este requisito nadie podía ejercer el oficio ni poner tienda; marcando lo que hoy llamaríamos programa de examen. Daban facilidad a los hijos de los maestros del gremio que quisiesen ejercer el oficio, eximiéndoles de muchas de las condiciones prescritas a la generalidad. Favorecían siempre a la viuda del maestro fallecido, disponiendo que pudiera continuar con la tienda del marido, siempre que no se casase. Era lo más frecuente imponer multas a los que faltaban a algún punto de lo prevenido en las ordenanzas.

Para que las ordenanzas tuvieran fuerza legal habían de sujetarse a los trámites siguientes: Primeramente una representación del gremio acudía al Ayuntamiento pidiendo las ordenanzas, y después presentaba el proyecto

de ellas; las veía la Ciudad pasando a informe de los Consiliarios, los cuales aprobaban el proyecto o le modificaban; la Ciudad, entonces, las aprobaba, mandaba que se guardasen y cumpliesen y hacían petición a su Majestad «y señores de su muy alto consejo» para que las confirmasen. Generalmente el monarca mandaba que se hiciese por la Ciudad información sobre si serían útiles o perjudiciales, siendo siempre esta información muy minuciosa, pues a ella acudían no sólo el Ayuntamiento, sino también el gremio correspondiente y los particulares; la información se enviaba a su Majestad y entonces se remitía por parte del monarca la Real provisión confirmando las ordenanzas. Por último, éstas se pregonaban en los sitios de costumbre, que eran: la calle donde estaban situadas las tiendas, a cuyo oficio interesaban las ordenanzas, la plaza de Zocodover y la del Ayuntamiento.

(Por la simple enumeración de tales trámites se advierte el mucho tiempo que había de esperar el gremio hasta tener sus ordenanzas; y se descubre desde luego la intervención directa que el Municipio tenía en la formación y aprobación de las mismas, lo cual no debe extrañar porque las relaciones entre el Ayuntamiento y los gremios fueron siempre muy estrechas en todo, dejándose ver esto muy principalmente en lo que podríamos llamar la *política gremial*).

Esta se componía de dos Regidores del Ayuntamiento y dos individuos del gremio para cada oficio. Aquéllos eran conocidos con el nombre de sobreveedores, y los segundos con el de veedores. Los sobreveedores eran nombrados por suerte en «el primer Ayuntamiento que se celebraba» en el mes de Marzo, entre los caballeros Regidores, y para cada oficio dos (1), como hemos dicho; mas para el nombramiento de veedores no se seguía el mismo procedimiento en todos los oficios, pues en unos los elegían los sobreveedores, procurando que fuesen los más hábiles y experimentados, y en otros, los nombraba el mismo Cabildo del gremio. Los sobreveedores y veedores tenían a su cargo dos funciones muy importantes, tanto que de su buen cumplimiento dependía la marcha regular de la industria y del gremio. Una de estas funciones era visitar o inspeccionar las tiendas del oficio para que en nada se faltase a las ordenanzas, debiendo denunciar a la Justicia a los fabricantes que las contraviniesen. También era misión suya examinar y aprobar a los aprendices que lo pretendiesen, acto que se verificaba ante el Escribano mayor, dán-

doseles un título en pergamino sellado y refrendado por el dicho escribano.

Los distintos oficios se hallaban distribuidos por la Ciudad en orden y concierto verdaderamente admirables. La Alcana — «calle de negocios y variedad de tiendas» — (1) estaba dedicada al comercio de los géneros que producía el gremio del Arte mayor de la seda y sus afines; comprendía la actual calle de las Cordonerías y, acaso, la de la Sal (2). Las tiendas o fábricas de seda estaban en los barrios extremos de Toledo y en los sitios más descubiertos, pues necesitaban mucha luz; pero después dichos barrios fueron despoblándose, teniendo que establecerse aquéllas en la parte más céntrica. En la calle de las Armas se situaron los espaderos; los curtidores y tintoreros, junto al río, por bajo de San Sebastián; los boneteros no vivían en calle o barrio separado, sino esparcidos por toda la ciudad; lo mismo sucedía a los tejedores de paños. En la calle Ancha estaban situadas las tiendas y casas de los joyeros, jubeteros y calce-teros; en el Solarejo los plateros y cereros; los zurradores, junto al corral de vacas viejo, y hacia San Cipriano los perales; los zapateros vivían en la calle de Obra prima, y los chapineros en la de la Feria. Las mercaderías de paños y telas fuertes tenían su morada en lo que se llamaba Alcaizería, vulgarmente Cuatro calles.

Los gremios toledanos intervinieron en cuantos festejos se celebraban, con motivo de acontecimientos que requerían animación y algazara popular. En este punto, para el siglo XVI, las relaciones de Horozco son curiosísimas.

En el siglo XVII, en las fiestas celebradas con motivo de la inauguración de la capilla del Sagrario (1617), los gremios toledanos no dejaron de tener participación; fueron muy celebrados el arco que levantaron los mercaderes de lienzo y el de los plateros, «obra rica y de maravillosa perspectiva»; pero lo que más excitó la curiosidad fueron las danzas organizadas por los cordoneros, y el carro que dispusieron figurando un jardín compuesto de encañados, flores y hierba, el cual tenía en medio una fuente adornada con dos pilastras cuadradas «de que corrían» muchos caños de agua placenteramente y daban en el pilón de la «fuente que fingía de plata... remataba» a lo alto por un hermoso frontispicio (3).

También, desde tiempo inmemorial, los sastres, en el día del Corpus, su octava y otras fiestas, tenían la obligación de sostener las danzas que se celebraban. Algunas veces trataron de eludir este compromiso, por cuya causa el Ayuntamiento obtuvo Carta ejecutoria en 21 de Octubre de 1543 (4) contra tal gremio, para que a su costa se hiciesen tales danzas.

(1) Pisa. Historia de Toledo. Lib. 1.º Cap. 23.

(2) Véase a Clemencín, en sus notas al Quijote, la nota XIV de cap. 9.º Parte 1.ª

(3) Descripción de la Capilla de Nuestra Señora del Sagrario, etc., por P. Herrera (1617).

(4) Arch. mun. C. 5.º Leg. 4.º

(*) Del libro del mismo título recientemente editado por la Delegación Provincial de Educación Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Toledo.

(1) Libro de lo que contiene el prudente gobierno de la Imperial Toledo, etc. Hecho por Joan Sanchez de Soria en 1635. (M. S. en el Arch. mun.) fol. 75.

Germán Labrado Ovejero

Constructor de Muebles
Estilos Clásicos y Modernos

Instalaciones para Oficinas
y Centros de Cultura

Santa Ursula, 18 - TOLEDO

FONTANERÍA - FUMISTERÍA

Joaquín Martín Robles

INSTALACIONES DE SANEAMIENTOS POR
AGUA FRÍA Y CALIENTE
TERMOSIFONES DE PRESIÓN :: COCINAS
REPARACIÓN DE COCINAS



ALFONSO X EL SABIO, NÚM. 4
(ANTES JARDINES)

TOLEDO



Artistas toledanos

Presentad vuestros trabajos en la
III Exposición de Arte de
"ESTILO"

Corpus Christi de 1950.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

